



El resultado de las últimas elecciones representa un intento de recuperación de las viejas formas democráticas arruinadas. El Senado y la Cámara han visto reforzado su poder a costa de la Presidencia. En la foto, Gerald Ford, con Roy Ash, director del Departamento de Dirección y Presupuesto.

distinto del Partido Demócrata que del Republicano, a no ser que del Demócrata salieron dos hombres como Roosevelt y como Kennedy, que no han sido igualados por ninguno salido del Partido Republicano, y que del Republicano salió un hombre como Nixon, que tampoco, felizmente, ha sido igualado en su ejemplo negativo por ningún Presidente de los demócratas. De esto a creer que el complejo militar-industrial va a cambiar, que los «lobbies», o grupos de presión que representan fuerzas industriales muy importantes, intereses económicos elevadísimos, van a ser menos fuertes, hay todo un largo camino que no va a ser fácil recorrer. Pero sí se puede recordar ahora que la mayor parte de leyes favorables a esos grupos han sido denodadamente combatidas en el Senado y en la Cámara por los demócratas, ya que la nueva mayoría que han alcanzado les permitirá ya de ahora en adelante que sus combates no queden sin frutos por el veto presidencial o por las argucias de un Presidente hábil en trucos.

Un punto importante hay que señalar en estas elecciones: a pesar de su importancia, no sólo actual sino futura —pueden significar la decisión en las presidenciales—, el número de abstenciones ha sido enorme. Bastante más de un sesenta por ciento de los ciudadanos incluídos en el censo han preferido abstenerse. Si todos los ciudadanos hubiesen votado, probablemente los resultados habrían sido los mismos, según los estudios y cálculos realizados. La importancia no está, por lo tanto, en el peso de la abstención, sino en su significado. La abstención no siempre representa una indiferencia; menos aún cuando asuntos graves están en juego. Puede significar una protesta o un voto negativo: en este caso, contra el sistema organizado y contra el juego de los dos partidos. En ese sentido, el progreso de la revolución electoral es aún más significativo de lo que resulta la victoria demócrata: Significa que un número importante de ciudadanos consideran igualmente perniciosos demócratas o republicanos, consideran que quienes les representen en

la Cámara o en el Senado, quienes dirijan su Estado desde el puesto de gobernador, quienes saquen adelante la política local (puesto que en estas elecciones se nombraban también cargos menores), les parecen igualmente perniciosos, o han perdido ya el grado de credibilidad que necesita tener un político. Los profesionales de la política en los Estados Unidos deberían preocuparse seriamente por esta cifra de abstenciones, que es la mayor que se ha conocido en la Historia reciente de los Estados Unidos. Restablecer la imagen del poder, la fuerza del Senado y la Cámara, es algo que debería urgir en los Estados Unidos.

Al Presidente Gerald Ford le esperan ahora dos años amargos. Ni un buen marrullero de la política del corte de Nixon —o de Humphrey, o de Johnson, por citar los más típicos— sabría salir airoso de un Congreso de este corte, de una oposición tan firme y tan organizada. Menos aún el advenedizo Ford, que ni siquiera ha sido elegido para ese cargo y no puede presumir —como podía Nixon— de haber sido elegido para el cargo por una importantísima mayoría del pueblo. Ford ha aportado a la Casa Blanca una honestidad que nadie le discute y que era necesaria, pero ha comenzado a desgastar inmediatamente el capital de popularidad que su solo nombre produjo: El indulto de Nixon y el mantenimiento de la persecución de los otros implicados en el Watergate le han hecho aparecer atrabiliario; ese mismo indulto, al mismo tiempo que apenas suavizaba las condiciones de los prófugos de Vietnam, le ha dado un semblante más injusto. Las disposiciones económicas no han gustado a nadie; a unos por excesivas, a otros por cortas.

La revolución que se inició con el escándalo del Watergate ha dado un paso más, y un paso muy importante. Pero no es el definitivo. Cabe la esperanza de que en los dos años próximos, los poderes constituidos comprendan el sentido de votaciones y abstenciones —y el del «impeachment»—, y se decidan a innovar un país que está cansado de su vieja máscara. ■

